

EL SILLON DEL DUENDECILLO



COLECCION MARUJITA

N° 65

El sillón del

duendecillo

118 X 162

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRINTED IN ARGENTINA



En la cumbre de la colina había una casita perteneciente a la tía Sabela, que fué aya de numerosos niños. Y dos de éstos, a quienes ella había cuidado, vivían a corta distancia, al pie de la colina.

Llamábanse Augusto y Pilar, y cada semana, el jueves, por la tarde, iban a visitar a su antigua aya, quien los obsequiaba con chocolate y bizcochos. Sin embargo, si a los niños les gustaba tanto ir a ver a la tía Sabela era, más que por estas golosinas, por las extrañas cosas que había en su casa.

Había una bolita de cristal, en cuyo centro se veía una casita. Cuando Pilar agitaba esa bola, producíase dentro una tempestad de nieve, que caía en torno de la casa. Como comprenderéis, esto resultaba un espectáculo muy bonito.

También había un librito rojo, con cierre y, al abrirlo, se encontraba dentro una caja de color verde. Esta contenía otra de color amarillo y así, sucesivamente, hasta que, al fin, se encontraba una última cajita demasiado pequeña para poder abrirla.

Pero lo que preferían Pilar y Augusto era el sillón del duendecillo. Estaba en un rincón de la cocina y resultaba la cosa más rara que os podáis imaginar. Era de madera verde y cada una de las patas tenía pies en el extremo, pero pies debidamente calzados con sandalias. Y los brazos estaban provistos de manos y en el respaldo de la silla se veía esculpida una cara.

Los dos niños deseaban a menudo sentarse en aquel mueble, pero tía Sabela no se lo consentía.

—Ese sillón es muy raro—decía.—Y nadie sabe lo que podría suceder. Se lo regaló un duendecillo a mi bisabuela, pero advirtiéndole, sobre todo, que no se sentara en él.

Pero he aquí que una tarde los dos niños llegaron temprano a casa de la tía Sabela y ella no estaba.

—Habrá ido a comprar algo—observó Pilar.—Ven, Augusto, vamos a jugar con estas cajitas.

Así lo hicieron y cuando más entretenidos estaban en ello, oyeron un fuerte estornudo, pero al mirar a su alrededor no pudieron ver a nadie.

—¿Quién habrá estornudado?—preguntó Augusto con el mayor asombro.

En aquel momento, se oyó otro estornudo y entonces los dos niños pudieron ver que lo había dado el sillón del duendecillo.

—¡Caramba! ¿Cómo es eso?—preguntó Augusto.

—Vosotros tenéis la culpa de que haya estornudado,—replicó el sillón.—¿Por qué habéis dejado la puerta abierta?

Pilar fué a cerrarla y luego, ella y su hermano, se quedaron mirando al extraordinario sillón.

—¿Quieres que nos sentemos un poco en él, antes de que venga el aya?—preguntó Augusto a su hermana.

Ella inclinó la cabeza para afirmar y el niño se dirigió inmediatamente al sillón y se sentó.

—Se está muy bien—exclamó jubiloso el chico.—¡Figúrate! Estoy sentado en un sillón que acaba de estornudar.

—¡Déjame probar!—pidió Pilar, algo emocionada.

Pero no le fué posible, pues ¿qué os figuráis que hizo aquel sillón? ¡Algo terrible! Sus brazos rodearon la cintura de Augusto, inesperadamente, y luego levantándose sobre sus patas verdes, se dirigió hacia la puerta y echó a correr colina abajo.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritó Augusto, muy asustado y luchando por bajar del sillón.

Pero los brazos de éste lo sujetaban con tanta fuerza, que no pudo moverse.

A todo esto, su hermana al ver lo que ocurría, empezó a gritar y salió corriendo tras del sillón.

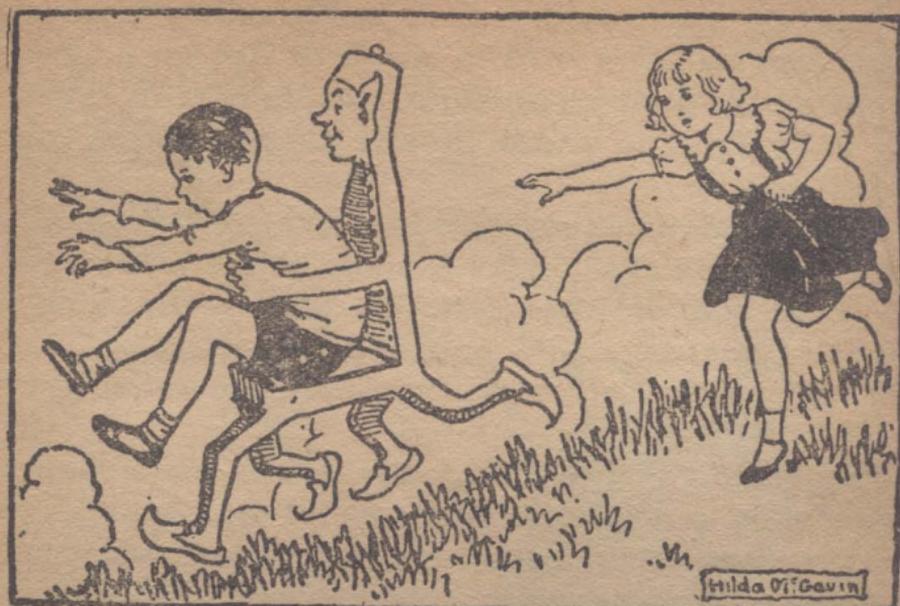
—¡Augusto! ¡Augusto! ¡Salta al suelo!

Como ya sabemos, el niño no podía hacerlo y el sillón siguió corriendo, en tanto que Pilar lo perseguía con todas sus fuerzas.

Finalmente, el sillón desapareció en un espeso bosque, que había al pie de la colina. La niña se metió también en él, pero ya no pudo descubrir por dónde había echado a correr el sillón verde y como allí no había ningún sendero, no tardó en extraviarse.

Pilar quedó tan apenada, que se sentó y empezó a llorar. Casi en seguida apareció un enorme conejo, y al verla se detuvo acercándosele luego hasta tocarle el brazo con suavidad mientras la miraba con ojos bondadosos. La niña comprendió su deseo de preguntarle qué le ocurría.

—El sillón del duendecillo se ha llevado a mi hermano



EL SILLÓN ECHÓ A CORRER COLINA ABAJO PERSEGUIDO POR PILAR

—le hizo saber Pilar.—¿Lo has visto por casualidad?

El conejo movió la cabeza negativamente y pasó una de sus patas anteriores por el brazo de la niña, como decidido a acompañarla. Pilar lo entendió así, se puso en pie y se internó por el bosque con el conejo. Estaba ya más tranquila en compañía del roedor.

No tardaron en encontrar a un hombre diminuto, cuya barba casi le llegaba al suelo. Al ver a Pilar y al conejo, se detuvo sorprendido.

—¿Adónde vais?—preguntó.—¿Os habéis extraviado?

—Yo sí—contestó la niña.—Pero ahora iba en busca del sillón del duendecillo, que se ha llevado a mi hermano. ¿Lo ha visto usted por casualidad?

—Sí, en efecto—aseguró el hombrecillo.—Cerca de aquí. Acompañadme y os lo enseñaré. Soy un gnomo y tendré mucho gusto en ayudarte, querida niña. Y, si quieres, te acompañaré y todo. En este bosque ocurren cosas raras.

Pilar, conformándose, le dió la mano y él la llevó al lugar donde viera el sillón del duendecillo. La niña se convenció de que, efectivamente, por allí había pasado su hermano, pues descubrió su pañuelo en el suelo. Luego, ella, el gnomo y el conejo siguieron una estrechísima senda.

Poco después encontraron dos erizos. Ignoraban el lenguaje de la niña, pero el gnomo les dió a entender lo que deseaban saber. Luego que le hubieron contestado, el hombrecillo volvióse sonriente a Pilar.

—Sí, han pasado por aquí—dijo.—Parece que el sillón aun sujetaba a tu hermano. No tardaremos en encontrarlo. Y no hay duda de que obligaremos al sillón ese a dejarle en libertad.

Echaron, pues, a andar de nuevo, seguidos esta vez por los dos erizos, pero durante largo trecho no encontraron a nadie. Por último, la niña empezó a sentir fatiga. El gnomo entonces la tomó de la mano y le señaló un punto distante. Pilar miró hacia allá y pudo ver una casita bajo los árboles. Era de color amarillo e incluso las flores de su jardín tenían ese mismo color.

—A esa casa ha ido el sillón del duendecillo. Ahí vive un genio del mismo color que la casa. En su dormitorio tiene los muebles también amarillos, pero en la cocina el mobiliario es verde. Seguramente que el sillón ese habrá ido a reunirse con ellos. Vamos a asomarnos por la ventana.

Así lo hicieron y la niña pudo contemplar muy bien el interior de la casa.



—¿ADÓNDE VAIS?—PREGUNTÓ EL HOMBRECILLO



LA NIÑA ENCONTRÓ EL PAÑUELO DE SU HERMANO

Allí estaba Augusto, aun sujeto por el sillón, que se hallaba ante un geniecillo muy alto y de color amarillento.

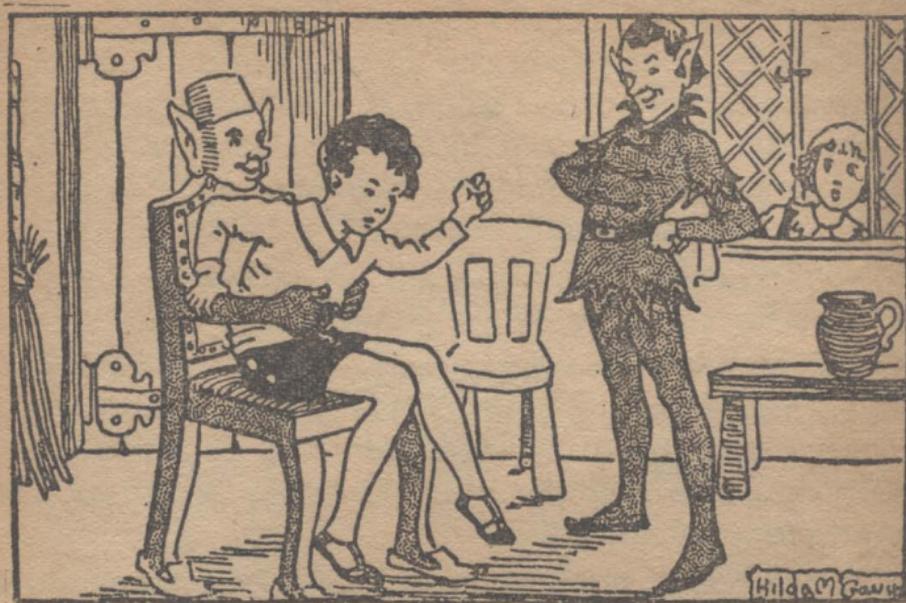
El sillón hablaba y se reía muy satisfecho.

—¡Cuánto me alegro de verte de nuevo, señor!—decía.—Mira lo que te he traído. Un niño, que te servirá de criado. ¿Le necesitabas, verdad? Antes hubiera venido con alguno, pero nadie se sentaba en mí. ¡Cuánto me alegro de estar de nuevo en casa! ¡Por lo menos han pasado cien años desde que me marché!

—¡Suéltame!—gritaba a todo esto Augusto, dando puntapiés al sillón.

Pero éste, cansado al fin de recibir sus golpes, lo pellizcó con sus verdes dedos.

—No te soltaré hasta que me lo ordene mi amo—



EL SILLÓN CONTINUÓ RETENIENDO AL MUCHACHO

hizo saber al niño.—Y estate quieto, si no quieres que te pellizque más.

Augusto estaba, de veras, muy enojado, pero como el sillón le daba fuertes pellizcos, se guardó mucho de pegar nuevos talonazos y miró al geniecillo que era amo de su aprehensor.

—¡Bravo!—exclamó el dueño de la casa complacido.—Por fin tendré un criado. No lo sueltes, sillón, hasta que haya pronunciado un conjuro que le obligará a pasarse diez años aquí.

El sillón, obediente, continuó reteniendo al muchacho en tanto que Pilar lloraba en silencio ante la ventana. Finalmente, su amiguito, el gnomo, la obligó a alejarse para que no la viese el genio amarillo.

—No te apures—le murmuró en voz baja, cuando estuvieron lejos.—Ya lo salvaremos. Tengo un buen plan.

Yo soy fuerte y en cuanto el geniecillo vaya en busca de sus trebejos para pronunciar el conjuro, entraré por la ventana y lucharé con el sillón, de modo que tu hermano estará libre muy en breve. El conejo se colocará al pie de la ventana y cuando salga tu hermano, montáis los dos en él, y os llevará a sitio seguro.

—¿Y no nos perseguirá el sillón?—preguntó Pilar, secándose los ojos y ya muy esperanzada.

—Sí, pero los erizos se lo impedirán—contestó el gnomo.—Uno se situará ante la puerta con todas las púas erizadas y el otro al pie de la ventana, de modo que el sillón no podrá salir por ninguno de los dos sitios. Este es un plan maravilloso.

En seguida el hombrecillo fué a dar instrucciones al conejo y a los erizos, que prometieron cumplirlas. El conejo se situó con la niña al pie de la ventana, en tanto que el gnomo vigilaba la salida del geniecillo. Cuando vió que el sillón quedaba solo con Augusto, penetró en la casa y empezó a dar puñetazos al primero. El sillón se los devolvió. Mientras tanto, el niño se vió libre y escapó. Por indicación del buen gnomo, se disponía ya a salir por la ventana y todo marchaba perfectamente, cuando el sillón derribó al hombrecillo y consiguió agarrar a Augusto. Seguidamente, gritó llamando a su amo.

El geniecillo, al oír las voces, acudió a toda prisa y al ver al erizo en la puerta, lo metió en la casa. Hizo lo mismo con el que estaba en la ventana y entonces descubrió a la pobre Pilar. En un abrir y cerrar de ojos saltó por la ventana, se apoderó de la niña y la metió en la cocina. La estancia tenía numerosísima concurrencia y el geniecillo, al observarlo, se echó a reír y luego cerró de un portazo.



EL GENIECILLO SE APODERÓ DE PILAR

—¡Diablo!—exclamó mirando a los asustados niños y animales.—¡Está muy bien! ¿De modo que tú te figurabas ser capaz de salvar a Augusto?—preguntó al gnomo.—Pues ahora has quedado cogido tú mismo. ¡Caramba, cuántos criados voy a tener!

Pilar se echó a llorar y el conejo, sacando un pañuelo, le secó las lágrimas.

—¿Qué haremos?—sollozó la niña.—¡Ay, cuánto me alegraría estar en casa!

—Nada os podrá salvar ya—aseguró el geniecillo, frotándose las manos de gusto.—Estáis en mi poder.

Mas, en aquel momento, se oyó una fuerte llamada en la puerta y el geniecillo palideció.

—¿Quién va?—preguntó.

—La tía Sabela—contestó una voz colérica.—¿Ya has

vuelto a las andadas, malvado geniecillo? ¿Dónde está mi sillón? ¿A quién se ha llevado esta vez? Abre la puerta y déjame entrar.

—¡Aya Sabela! ¡Aya Sabela!—gritó entonces la niña muy alegre.—¡Ven a salvarme! ¡El sillón del duendecillo se llevó a Augusto y aun lo tiene sujeto!

La tía Sabela volvió a llamar con más fuerza al oír esto, ordenando al geniecillo que le abriese la puerta.

Éste empezó a temblar, pero no obedeció. Fué el conejo quien, decidiéndose súbitamente, se acercó a la puerta y descorrió el cerrojo. En seguida, entró la tía Sabela y miró a su alrededor.

La niña corrió a darle un estrecho abrazo y, rápidamente, le refirió lo ocurrido. Luego la tía Sabela se volvió al tembloroso geniecillo:

—¿No te acuerdas ya de que mi bisabuela te castigó por la misma falta?—preguntó severamente.

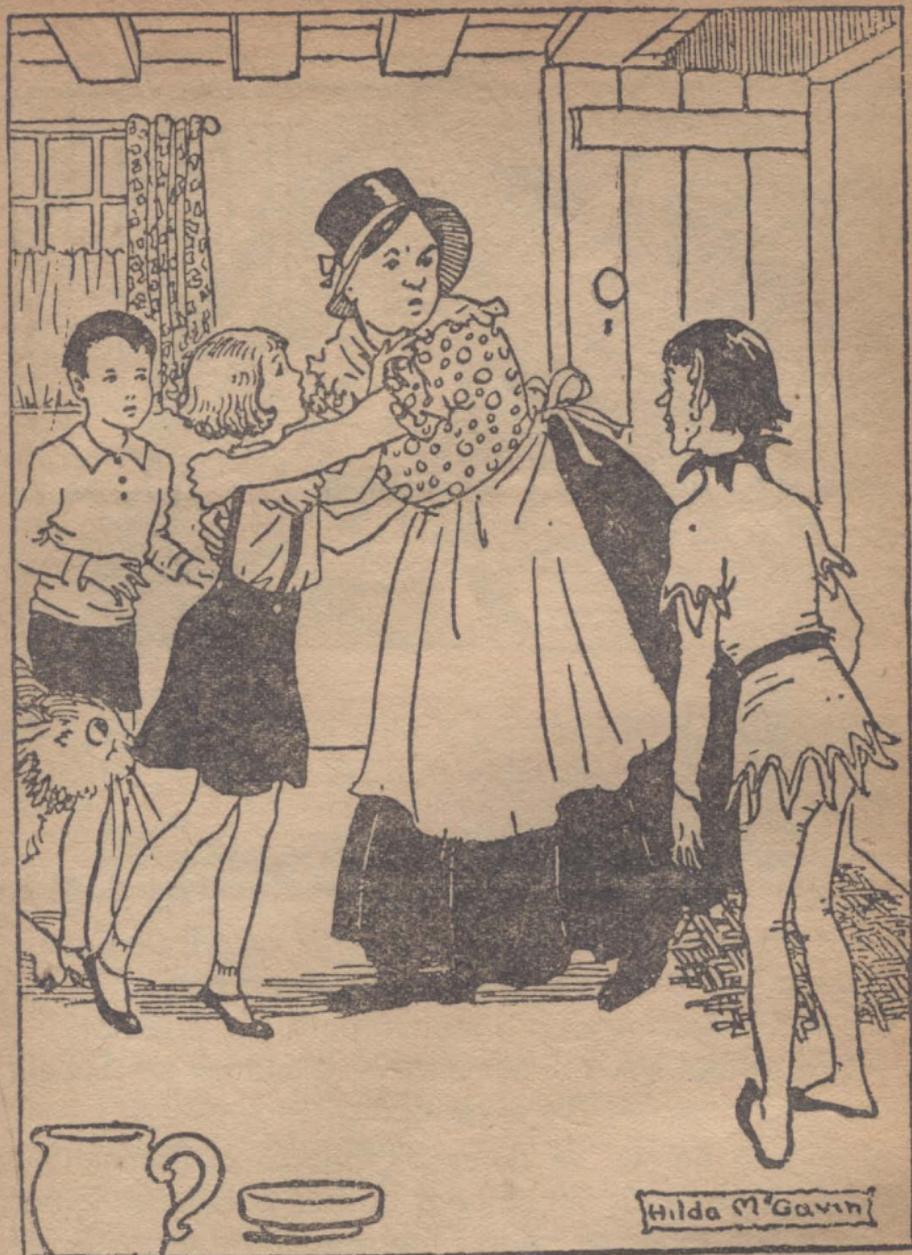
—¡Ha sido una broma!... — tartamudeó el geniecillo.—Sólo quería darles un susto y luego soltarlos.

—¿Ah, sí?—exclamó la tía Sabela en tono irónico.—Pues no te creo. Di al sillón que suelte a Augusto. Luego volverá a mi casa y, además, me darás otro sillón que haga juego.

—¡Oh, no!—lloró el geniecillo. — Entonces sólo me quedaría un sillón mágico. Los demás son muebles ordinarios.

—Pues no hay más remedio que hacer lo que yo mando. Ahora pide perdón al gnomo por tu mala conducta y regala a este conejo la lechuga más grande que tengas en el huerto. También pedirás perdón a los dos erizos o si no verás que pinchazos te dan.

—¿Cómo?—exclamó el geniecillo, con el rostro congestionado de cólera. — ¿Pedir perdón a un miserable



LA NIÑA CORRIÓ A DARLE UN ESTRECHO ABRAZO



TÍA SABELA SE DESCALZÓ Y DIÓ UNA GRAN ZURRA AL GENIECILLO

gnomo, dar mi mejor lechuga a un estúpido conejo y pedir perdón a esos idiotas de erizos? ¡De ninguna manera! ¡No me da la gana de hacerlo! ¡Ea! ¡Y usted, tía Sabela, si sigue así va a verse convertida en un caracol!

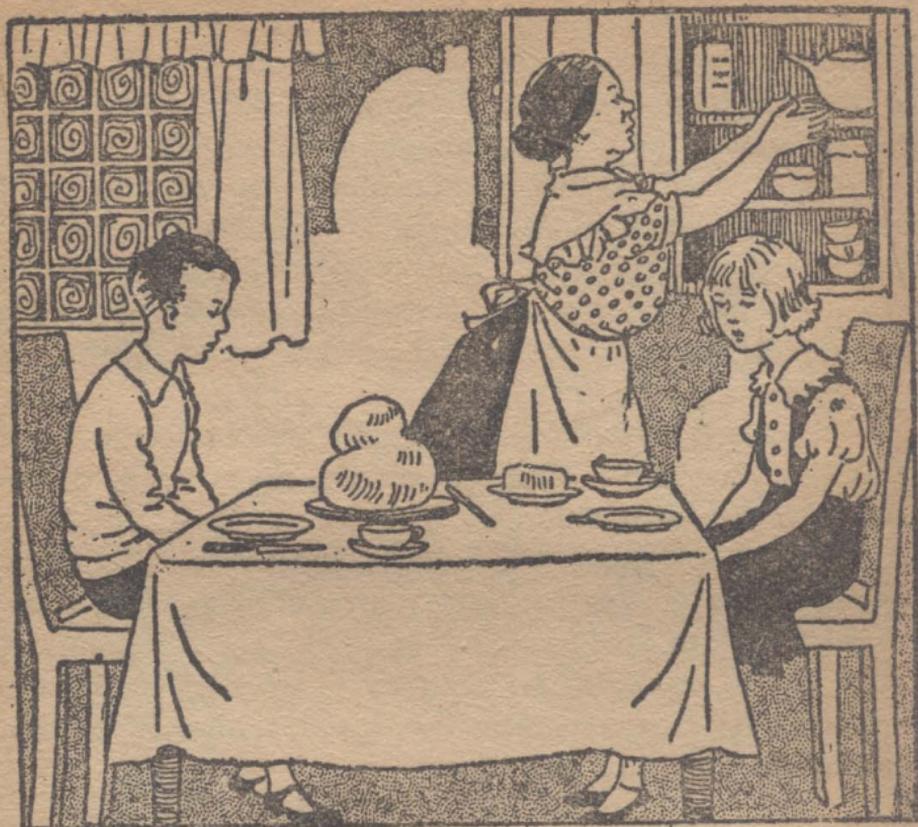
Los dos niños miraron a su aya para ver qué haría.

—¡Caramba! ¿A mí con esas?—exclamó tía Sabela, arremangándose.—¡Vas a ver ahora!

Al mismo tiempo se descalzó, agarró al geniecillo y le dió la zurra más fenomenal que os podéis imaginar, en tanto que todos se reían ante semejante espectáculo.

—Basta por hoy—dijo la tía Sabela al fin, porque estaba ya cansada, y soltando al geniecillo.—Ese es el castigo que también te dió mi bisabuela. ¿Quieres ser bueno?

El geniecillo, muy humilde, asintió. ¡Cualquiera no lo



—ESTA TARDE NO HAY CHOCOLATE

hacía! Pidió perdón a todos. Dió al conejo su mejor lechuga y aun se disculpó con los erizos.

—Bueno, ahora vámonos — indicó tía Sabela a los dos niños cuando se hubo hecho lo que mandara. — Adiós a todos. Y tú, geniecillo, procura no hacer ninguna tontería, porque si así fuese, volvería. Ahora manda a los dos sillones que me sigan.

En efecto, los dos sillones echaron a andar a la retaguardia del grupo. El geniecillo los vió alejarse con lágrimas en los ojos.

La tía Sabela regresó con los niños a su casa. Como estaban muy hambrientos, esperaban con ilusión el chocolate con bizcochos que siempre les daba, pero al llegar no vieron más que pan con mantequilla.

—Esta tarde no habrá chocolate — les dijo la tía Sabela al advertir su desilusión. — Habéis sido malos y merecéis un castigo.

—¡Oh, no importa, tía Sabela!—exclamó en seguida la niña, abrazándola.—Te agradecemos mucho que nos hayas salvado. ¡Te queremos mucho!

—Y yo me arrepiento de haber desobedecido—dijo, a su vez, Augusto.—Pero me alegro, en cambio, de que tengas ahora otro sillón.

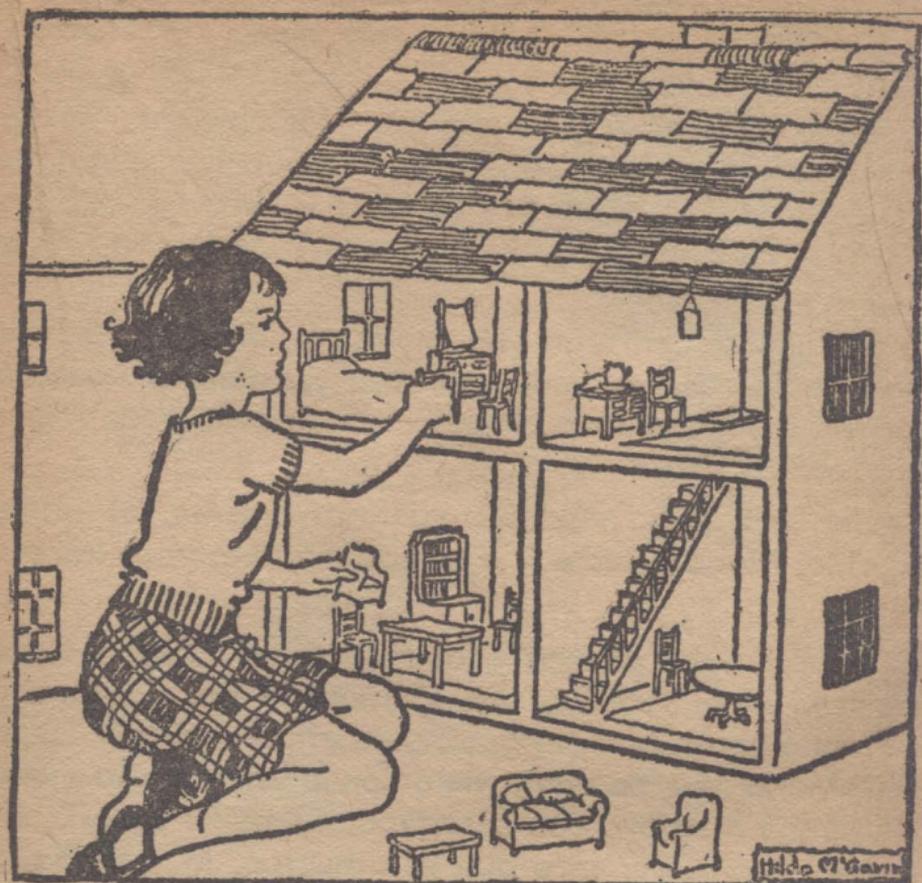
—Bueno—contestó tía Sabela, sonriendo.—Sois unos buenos niños y veo que estáis arrepentidos. Voy a hacer chocolate.

En efecto, cumplió su palabra y, poco después, mendaban los tres, en tanto que los dos sillones los contemplaban con ojos envidiosos.

LAS CORTINAS DE LOS JUGUETES

María tenía una hermosa casa de muñecas. Cuando se la regaló su abuela, el día de su santo, la casita estaba nueva y desocupada. Abuelito le dió diez pesetas para que la amueblase y tía Susana dos pesetas más para comprar cortinas.

La niña se fué a la tienda de juguetes y se gastó las diez pesetas en un mobiliario estupendo. Constaba de una mesita de madera para la cocina, dos sillas, un hornillo, algunas sartenes, unas cazuelas y una olla.



MARÍA DISPUSO TODOS LOS MUEBLES DE LA
CASA DE MUÑECAS

También adquirió camitas, armarios y sillas para las restantes habitaciones. Además, escogió un lavabo para el dormitorio principal y para el comedor compró una mesa redonda, cuatro sillas y un aparador. Finalmente se hizo con una hermosa alfombra, un sofá, tres sillones y una mesita, todo ello para el salón.

Os parecerá raro que adquiriese tantas cosas por diez pesetas, pero se explica, porque cada objeto le costaba solamente diez o veinte céntimos.

Cuando su aya vió todo lo que había comprado, le dijo:

—No compres hoy la tela para las cortinas. Ya tienes bastante trabajo en arreglar lo que has adquirido. Otro día compraremos las cortinas y te ayudaré a coserlas y ponerlas. Guárdate las dos pesetas, hasta que llegue el momento.

La niña se conformó. De momento, dispuso los muebles en la casa de muñecas, que ya tenía un aspecto magnífico. Arreglando el mobiliario se pasó nada menos que cuatro días.

Una vez hubo colocado, definitivamente, el último mueble, María decidió ir a comprar la tela para las cortinas.

Tomó las dos pesetas y las hizo saltar sobre el suelo, con tan mala fortuna, que la moneda echó a rodar y se metió en un agujero que había entre el piso y la pared. María, que no había visto dónde se colara la moneda, llamó a su aya con desesperación al no poderla encontrar, pero, por más que la buscaron, la moneda no apareció.

—Se ha perdido—dijo el aya cuando se cansó de buscarla.—Supongo que se habrá metido en uno de esos agujeros que hacen los ratones y si no arrancamos las baldosas del piso, no recobramos la moneda. Y como no creo que papá consienta eso, más vale que te resignes.

—¿Y cómo haré las cortinas para la casa de muñecas?—exclamó la niña, llorando.—Ya está todo terminado y no faltan más que esas cortinas. Y, la semana próxima, vendrán abuelita y tía Susana para ver la casa terminada.



—TÚ TIENES LA CULPA DE QUE MARÍA HAYA PERDIDO LAS DOS PESETAS—LE DIJO EL FANTOCHE

—Ya te recomendé que metieses esas dos pesetas en la alcancía.

Y después de decir esto, el aya se marchó, dejando a María, que se sentó en el suelo para llorar a gusto.

Aquella noche, cuando reinó el silencio en el cuarto de los juguetes y María estaba ya en la cama, salieron los muñecos del armario en que estaban guardados. Y no podéis imaginaros cuánta era su irritación contra el ratón mecánico.

El fantoche le dijo muy airado:

—Tú tienes la culpa de que María haya perdido las dos pesetas.

—¿Cómo es eso?—preguntó el ratón, asombrado.

—Sí, porque tu amigo, el ratón del jardín, hizo ese agujero para venir a visitarte—explicó el fantoche, señalando el agujero—y en él se escondió esa moneda de dos pesetas. Ya ves, pues, cómo tú tienes la culpa.

El ratón se quedó muy apenado al saberlo. Y luego empezó a llorar. Los juguetes entonces trataron de consolarlo, por temor de que las lágrimas oxidasen su resorte.

—¡Oh!—exclamó el pobre ratón mecánico entre sollozos. — ¡Cuánto quisiera proporcionar a María unas cortinas nuevas! No sabéis lo disgustado que estoy.

—Si tuviésemos tela, yo cosería las cortinas en la máquina pequeñita que regalaron a María para Navidad—dijo la mayor de las muñecas.—No me costaría nada, porque sé manejar la máquina.

—¿Y dónde habrá tela?—preguntó, esperanzado, el ratón mecánico.—Sé que a María le gustan las cortinas rojas. ¿Dónde encontraremos tejido de color rojo?

—¡Ya lo sé! — exclamó entonces el osito de trapo. ¿Qué os parecen las hojas rojizas de la planta trepadora

que hay en el tejado del cobertizo? Si pudiésemos coger algunas, haríamos unas hermosas cortinas.

—¿Y cómo podremos cogerlas?—preguntó el ratón mecánico, con gran interés.

—Pídeselas al ratón del jardín—aconsejó la muñeca.

El ratón mecánico se dirigió en seguida al agujero y llamó. En cuanto el ratón del jardín se asomó por el hueco, le refirieron lo ocurrido, rogándole que les proporcionase algunas de las hojas de color rojo.

El ratón del jardín lo que intentó primero fué sacar las dos pesetas del agujero, pero no lo consiguió. En vista de eso, salió en busca de las hojas de color rojo. Y no tardó en volver con dos de ellas en la boca, para empezar.

La muñeca hizo funcionar entonces la máquina de coser y en cuanto terminaba unas cortinas, el osito y el fantoche se encargaban de ponerlas en las ventanas. ¡Ya podéis imaginaros cuán bonitos estaban!

Cuando, al amanecer, cantó el gallo, quedó terminado el último par de cortinas y en vista de ello, los juguetes, muy satisfechos, regresaron al armario.

A la mañana siguiente, María tuvo una sorpresa enorme al encontrarse con tales cortinas. Sin creer lo que estaba viendo, contempló la casa de muñecas con sus cortinas rojas y, al darse cuenta de que habían sido hechas con hojas de la planta trepadora del jardín, volvióse, maravillada, hacia los juguetes:

—Con toda seguridad las habéis hecho vosotros —murmuró.

Y los abrazó a todos, uno por uno, para expresarles su agradecimiento.

Y luego, exclamó satisfecha:

—Ahora ya está la casa dispuesta para que la vea abuelita. ¡Y lo mejor de todo son las cortinas!

EL POBRE SEÑOR BORRÍQUEZ

El señor Borríquez era un hombrecillo gordo, que vivía en la Casita Chata del Callejón de las Naranjas. Estaba gordo, porque comía mucha mantequilla y grandes cantidades de huevos, nata y leche. Esto aparte, a él le gustaba estar gordo, pues aseguraba que eso contribuía a mejorar su carácter.

Un día tuvo que asistir a una reunión en la que había de decidirse si se ensancharía o no el Callejón de las Naranjas, ya que había un lugar muy estrecho en el tal callejón, que no permitía pasar dos carros a una y, como es natural, siempre se atascaba allí el tráfico. Por esta razón, el señor Borríquez y sus vecinos decidieron conferenciar para remediar aquel defecto.

El señor Borríquez se puso sus botas de goma, nuevas, porque estaba lloviendo. También se calzó sus guantes de color pardo, porque, con gran facilidad, se le helaban las manos. Luego salió de su casa para dirigirse al lugar de la reunión.

Todos los concurrentes a ella hablaron mucho y se divertieron en grande, dándose mucha importancia con lo que decían. Pero al final, no decidieron nada, a excepción de que volverían a reunirse a la semana siguiente, a fin de tener otro cambio de impresiones.

Tomado tan importante acuerdo, salieron al vestíbulo para ponerse las prendas de calle antes de dirigirse a sus respectivas casas.

El señor Borríquez hizo lo que todos. Se puso sus botas de goma y tomó los guantes pardos que estaban en un estante del perchero. Luego se despidió de todos y emprendió el regreso a su casa.

Ahora bien, por el camino le pareció que sus guan-



—¿QUÉ LE PASA?—PREGUNTÓ EL DOCTOR

tes le venían muy grandes y que también los pies le bailaban dentro de las botas. Esto le causó grande asombro.

—¡Es muy curioso! — se dijo. — ¿Habrán disminuído mis pies de tamaño? La semana pasada, cuando me compré las botas, me iban muy bien.—Pero al mirarse los guantes, aún se quedó más sorprendido.

—También parecen muy grandes — advirtió. — ¡Dios mío, debo de haber enflaquecido mucho! Sin duda estoy enfermo. Sí, voy a enfermar y ésta es la causa de que me estén grandes los guantes y las botas.

El pobre hombre se alarmó tanto, que decidió ir inmediatamente a casa del médico, para consultar su caso. Y así, en cuanto pasó por delante del rótulo del doctor Entreusted, llamó a la puerta y preguntó si estaba en casa. Le contestaron en sentido afirmativo y, poco después, el señor Borríquez se hallaba en presencia del médico.

—¿Qué tiene usted?—inquirió afablemente el facultativo.—Parece muy preocupado.

—En efecto, doctor—contestó, muy afligido, el señor Borríquez.—Lo que me pasa es terrible. En una semana he enflaquecido mucho.

—Pues yo juraría que está usted tan gordo como siempre—afirmó el doctor.

—¡Ca! No es así—replicó el señor Borríquez, mostrando al médico cuán grandes le sentaban las botas y los guantes.—Eso le demostrará que, en una semana, he enflaquecido mucho como acabo de decirle. Hace unos días me compré los guantes y las botas y, entonces, me sentaban muy bien.

—Tal vez tiene usted un principio de consunción. Pero no se apure, porque pronto le curaré. Coma usted mucha nata, mantequilla, huevos y beba leche en abundancia. Ya verá cómo, en breve, se encuentra tan gordo como antes.

—¡Pero si ya como todo eso que usted me recomienda!...—advirtió el señor Borríquez.

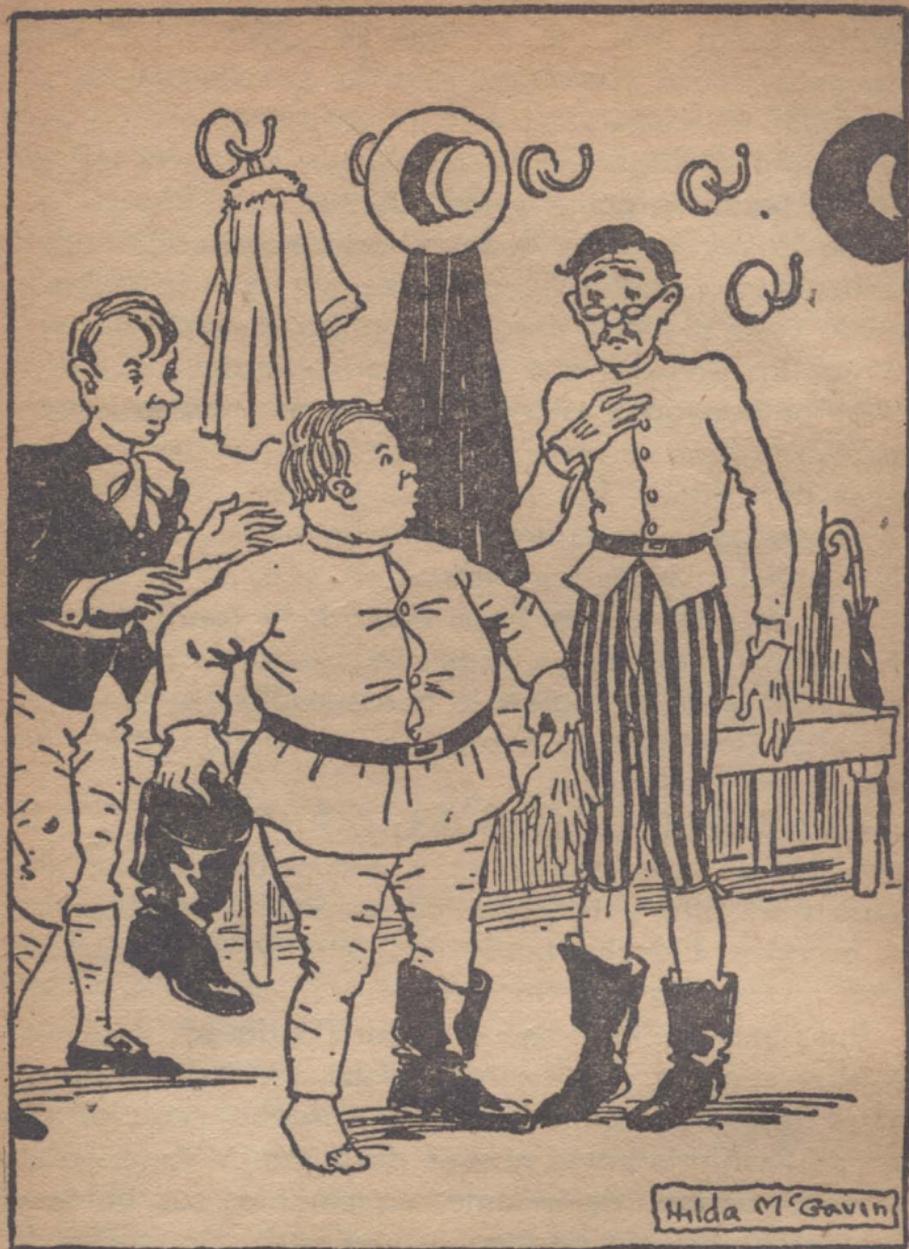
El doctor Entreusted no se apuró, y le aconsejó:

—Pues, entonces, duplique las cantidades. Y vuelva a verme dentro de una semana.

El señor Borríquez volvió a su casa muy preocupado a pesar de las seguridades del doctor.

De acuerdo con sus instrucciones, encargó que le llevaran doble cantidad de mantequilla, de nata y de leche. El tendero estaba encantado con ello y el señor Borríquez permaneció toda la semana en casa, porque quería engordar cuanto fuese posible.

Al llegar el día de la siguiente reunión, en que se debía tratar de nuevo sobre el ensanchamiento del Callejón de las Naranjas, el señor Borríquez apenas pudo po-



EL SEÑOR BORRIQUEZ SE VOLVIÓ Y PUDO VER
A UN HOMBRE MUY ALTO

nerse las botas, pues le estaban pequeñas. Y reventó los guantes, cosa que demuestra lo mucho que había engordado. Él estaba con esto contentísimo.

Se dirigió al lugar de la reunión, y una vez allí se quitó las botas de goma y los guantes.

Como la vez pasada, todos charlaron por los codos, pero decidieron separarse otra vez sin que se hubiese decidido cosa alguna. Y salieron todos al vestíbulo para tomar las prendas que se habían quitado.

El señor Borríquez encontró sus botas y quiso ponérselas. Pero, ¿qué ocurría? ¿Cómo se explicaba que no pudiese ponérselas? Por lo menos le eran dos números más pequeñas y en cuanto a los guantes, ni siquiera pudo meter los dedos por ellos.

—¡No es posible que haya engordado tanto durante la reunión!—exclamó ya asustado, en tanto que todos le rodeaban para averiguar lo que sucedía.

El señor Borríquez lo explicó. Y, de pronto, pudo oír una voz que exclamaba:

—Creo saber la causa de todo eso.

Volvióse el señor Borríquez y encontróse con un individuo muy alto y delgado, cuyos pies y manos eran muy grandes. Llevaba botas de goma y unos guantes pardos reventados por un lado.

—Pues explíquelo—rogó el señor Borríquez.

—Muy sencillo. Lo ocurrido debe ser esto—dijo el hombre alto con voz suave:—la semana pasada, alguien se llevó mis botas nuevas de goma. Y también se llevó mis guantes, dejándome, en cambio, sus botas y sus guantes, que me estaban pequeños. Yo ignoraba de quién eran, pero me figuré que su dueño vendría a esta reunión y los traería. Ya los tengo. Las botas y los guantes que lleva usted, señor Borríquez, son los suyos propios y no comprendo cómo no puede ponérselos.

—Pues yo sí—gimió el pobre señor Borríquez.—¡Dios mío, no me imaginé ni por un momento siquiera, lo que realmente había sucedido, sino que supuse que había adelgazado y por eso fuí a que me viese el médico, quien me aconsejó que procurase engordar. ¡Y ahora estoy demasiado gordo!

—¡Pobre señor Borríquez! — exclamaron todos. — ¿Qué hará usted ahora?

¿Qué hizo? Pues no tuvo más remedio que volver a su casa, llevando las botas en la mano. Tampoco se pudo poner los guantes.

Cuando estuvo delante de la casa del doctor, pasó muy de prisa, pues no quería explicarle lo que le había ocurrido, para que no se riese de él. Entró en su casa, sin hacer ruido, arrepintiéndose de haber comido tanto.

¡Pobre señor Borríquez!... ¿Verdad que sí?

EL PATITO BLANCO

En cierta ocasión, había un patito blanco, muy pequeño, que se llama Plumitas. Plumitas vivía en una granja con otros muchos animales. Había allí unos marranillos muy monos, un asno gris, dos caballos de color castaño, pavos, gallinas y una cabra.

Pero en la granja no había ningún otro pato. Blanquita, la gallina, había empollado doce huevos de pato, pero todos resultaron vacíos exceptuando uno, el de Plumitas, y el granjero tuvo un gran disgusto al ver que sólo podía contar con Plumitas.

—¡Qué lástima! — exclamó. — Esperaba poder tener doce patitos y sólo ha nacido uno. Me proponía construir un estanque para ellos, pero no vale la pena hacerlo para un solo pato. Ya se arreglará de algún modo.

Así, Plumitas no tenía estanque. Iba de un lado a otro del corral, mezclándose con las gallinas. Éstas lo creían tonto y no le hacían ningún caso, de modo que el pobrecito se encontraba solo y se sentía desgraciado.

Un día comprendió que necesitaba algo, aunque no sabía qué. Se figuró que tenía hambre y volvió a comer. Pero, no, no era eso. Imaginóse que tenía sed y bebió, pero tampoco era aquello lo que él hallaba a faltar.

—¿Qué será lo que me pasa?—se preguntó entonces. —No hay duda de que necesito algo, pero no sé qué cosa. Lo mejor será que me vaya a recorrer mundo, para ver si lo encuentro.

Aquella misma mañana, así que le fué posible, salió por la puerta de la granja y se aventuró por el sendero. Al otro extremo encontró al enorme Leal, que era el perro perteneciente a la granja inmediata.

—Estoy buscando algo—dijo el patito al can.—¿Podrías ayudarme?

—¿Y qué cosa buscas?

—El caso es que no lo sé—contestó Plumitas.

—Pues, ¿cómo quieres que te ayude?—ladró Leal.—No seas tonto.

El patito siguió andando. Llegó al extremo del sendero y allí, sentado en lo alto de una cerca, vió a Bigotes, el gatito negro que pertenecía a la casa inmediata.

—Busco algo—le dijo el pato.—¿Podrías ayudarme?

—¿Y qué buscas?—preguntó Bigotes.

—En realidad no lo sé.

—Pues, ¿cómo quieres que te ayude?—bufó Bigotes.—No seas tonto.

El patito echó a andar otra vez y llegó por fin a la granja inmediata. Vió en el campo dos caballos blancos y un potro del mismo color. Plumitas no se atrevió a dirigir la

palabra a los caballos, pero, en cambio, se dirigió al potro.

—Busco algo—le dijo.—¿Podrías ayudarme?

—¿Y qué buscas?—preguntó el potrillo, inclinando la cabeza para mirar a Plumitas.

—En realidad no lo sé — confesó el pato por tercera vez.

—Pues, ¿cómo quieres que te ayude?—replicó el potro.—No seas tonto.

El patito quedó muy triste. Al parecer, nadie, en el mundo, era capaz de ayudarle. De haber sabido lo que deseaba, él mismo lo buscara debidamente. Pero lo malo era que lo ignoraba.

Anduvo nuevamente hasta llegar a la otra granja. Los animales de ella le miraron muy asombrados.

—¿Qué buscas aquí?—le preguntaron.—No pertences a nuestra granja.

—Busco algo—contestó, tímidamente, el patito.—¿Podrías ayudarme?

—¿Y qué buscas? — quisieron saber los cerdos, gruñendo.

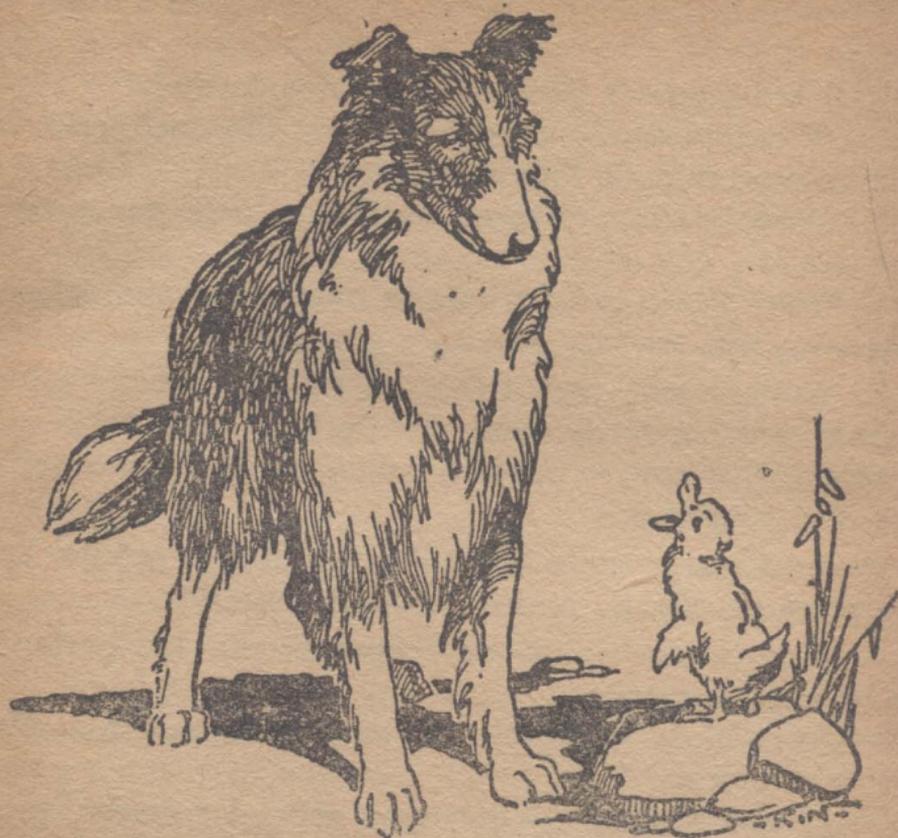
—En realidad no lo sé — contestó el pato una vez más.

—Pues, ¿cómo quieres que te ayudemos?—gritaron todos los habitantes del lugar.—No seas tonto.

En aquel momento, aparecieron en el corral una fila de ocas grises y muy grandes. Graznaban mucho y el patito se asustó al verlas.

—Sal de ahí—le ordenaron.

Y Plumitas se apresuró a emprender carrera precediéndolas. Ellas lo seguían y, en breve, Plumitas observó que ante él había una grande extensión de agua. Pero como ignoraba qué era un estanque, porque nunca en su



—BUSCO ALGO—DIJO PLUMITAS A LEAL

vida lo había visto, se asustó al advertir el brillo del agua. Mientras tanto, las enormes ocas se acercaban a él. ¿Qué debía hacer?

Desesperado, Plumitas se arrojó al agua. Tuvo un susto espantoso, pero luego empezó a agitar las patas y, de repente, se encontró nadando. Miró hacia atrás, para ver si las ocas lo seguían aún, y vió que también se habían arrojado al agua. En realidad nunca tuvieron el propósito de perseguirlo, sino simplemente dirigirse hacia el estanque para tomar su baño matutino.



—¿QUÉ HACES AHÍ?—PREGUNTARON A PLUMITAS

Entonces, el patito se sintió muy feliz. Recorrió todo el estanque nadando de un lado a otro, contentísimo de haber hecho aquel descubrimiento.

—¡Caramba, precisamente era esto lo que buscaba!—graznó gozoso.—Deseaba nadar en algo. Ahora soy dichoso. He encontrado lo que deseaba, aunque no sabía lo que era. ¡Oh, deseo no verme obligado a volver a mi casa!

En aquel estanque había seis patos blancos y, al ver a Plumitas, se acercaron nadando hacia él.

—¡Hola!—le dijeron amablemente.—Eres nuevo en el estanque, ¿verdad? Bienvenido. ¿Quieres ser nuestro amigo?

—¡Cuánto os lo agradezco!—exclamó Plumitas, muy alegre.—¿Me permitís que os acompañe?

—Con mucho gusto—contestaron los seis patos.—Ven con nosotros y te mostraremos los lugares más agradables de nuestro estanque.

Aquella noche el granjero, al hacer su visita acostumbrada al cercado de los patos, se asombró mucho al ver que había siete en vez de seis.

—¡Demonio!—exclamó.—Sin duda eres el patito de la granja vecina que, según me han dicho, se ha extraviado, pero como, al parecer, estás muy bien y en tu propia granja no tienes ningún estanque, podrás quedarte con mis patos. Pagaré a tu amo lo que vales y así serás mío.

De este modo el patito halló un nuevo hogar y todos los días nadaba en el estanque con los seis patos, sus amigos, gozando de toda la felicidad posible. Y se alegró muchísimo de haber salido en busca de algo, aunque ignoraba que era lo que salió a buscar.

AVENTURAS DE GUILLERMO



RICHMAL CROMPTON, el autor de estas amenas narraciones, ha visto coronado su ingenio por el éxito más rotundo. Veintidós ediciones lleva publicadas de algunos de sus célebres libros de GUILLERMO, el más travieso, perspicaz y malicioso chiquillo de nuestros tiempos. Sus disparatadas y graciosísimas aventuras entusiasman a los pequeños, llenan de dulces añoranzas a los mayores y divierten mucho a todos los que las leen.

Publicados

GUILLERMO, EL PROSCRITO

GUILLERMO, EL INCOMPRENDIDO

En preparación:

GUILLERMO, EL GENIAL

Precio de cada volumen, en cartóné \$ 1.50

Venta en librerías y kioscos. Si no las encuentra en su localidad, puede pedir las acompañando su importe en estampillas o giros postales.

LOS ENVIOS SON LIBRES DE PORTE

URGEL 245

BARCELONA



GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES